

*Rosal, de la Villa de Beteta*, impreso en los famosos talleres de la Viuda de Ibarra, en Madrid, año de 1787. Un boticario llamado don Diego Crespo analizó también las aguas por encargo y orden del Ministro don Francisco Machado, Caballero de la Orden de Carlos III y Contador General del Consejo de Indias. El caserío está próximo al límite montañoso de la provincia de Cuenca con la de Guadalajara y baña sus plantas el río Guadiela, que más abajo se abre paso difícilmente por un barranco famoso, la incomparable Hoz de Beteta. A la izquierda queda el Tobar, con su laguna, y enfrente, el balneario del Solán de Cabras, donde se bañó y tomó aguas la Reina Amalia de Sajonia, tercera esposa de Fernando VII.

Tiene Beteta hasta unos centenares de vecinos, que se albergan en casas serranas, enjalbegadas y cucas, que se recuestan indolentes en un escarpe llano de la ladera, que antiguamente fue recinto amurallado, del cual quedan restos arqueológicos.

Una alegre encrucijada de cerros y de montañas, poblados de pinos y de maleza, circunda la vega del Rosal, y curso arriba del Guadiela hay molinos antañones, de hidrópicas álaves, sombreados por copudas nogueras. Aquellas cumbres cónicas las besa el sol al nacer y las dora en el momento solemne del ocaso.

El río, de límpidas aguas, baja juguetón y reidor, formando pequeñas cascadas, y culebrea musical entre los sargales; nace en las montañas de la Cueva del Hierro, aldea miserable de casales ibéricos, próxima al valle alpino de Puente Peñuela y al puerto que llaman Collado del Rabadán, dando vista a las vertientes del Tajo y a la villa molinesa de Peralejos. Hay puentes rústicos sobre el Guadiela, pontones de piedra y de vigas sobre los que triunfa el chirrido de un carro maderero y el gayo cascabeleo de una recua vinatera, a los que se mezcla el tintineo bucólico de las esquilas de un rebaño que paca y el alegre cantar de un grupo de lavanderas.

En la hoz de Beteta, descrita por el académico don Luis Martínez Kleiser en una emocionante novela, hay fuentes de claras linfas, como la de la Carrera y el fontarrón de Matamos, en las que el sol hace por las mañanas milagros de alquimia y donde unos pajarillos madrugadores sacian su sed. Se abren ceñajos profundos en el macizo de rocas basálticas, algunas modificadas por la mano del hombre con mortero romano o argamasa árabe, como la Cueva de la Ramera, de la que se dice que comunica por caminos subterráneos con los fosos del castillo de los Siete Condes, ruinas que se alzan aparatosamente sobre el borde abismal de la hoz del Alonjero, paralela a la de Beteta.

Junto a la ermita de la Virgen del Rosal hay huertas de verdes tablares de hortaliza, que riegan por la tarde el moreno